EUSKAROS ILUSTRES

¡GAYARRE!

2 DE ENERO DE 1890.

Ayer.... es decir, hace siete años, Julián Gayarre acababa de morir.

Por el dolor que todos recibimos, pudo juzgarse el dolor de la patria. Fué universal, intenso, como el de la madre que pierde á sus hijos.

Todos lloramos, porque á todos nos llevaban algo en aquel cuerpo, que fué vida y admiración de la escena lírica.

Por eso «todo Madrid» salió á la calle—y el día era horrible—para verlo pasar; por eso se amontonaron á cientos las coronas sobre el féretro.

Aquella tarde fué inmensamente triste. Tenía el *sello* que imprime uno de esos días que los médicos, en los enfermos, llaman graves; los reyes, en los vaivenes de su corona, supremos; y los amantes, en la hoguera que les devora el corazón, mortales. Días que no pasan, aunque los pasen otros por encima; días que tienen garras de milano, y que, como esas aves, no siempre arrebatan la presa, pero la marcan para siempre.

La noche de aquel día, el teatro Real suspendió, en señal de duelo, la función anunciada; y por cierto que el cartel de suspensión, por lo expresivo de su sentido y honroso laconismo, deben conservarlo, como yo lo conservo, todos los admiradores

y amigos del incomparable Julián, del infortunado *Pescador de perlas.*

Así decía:

TEATRO REAL

AVISO

La empresa del teatro Real, queriendo rendir, en la medida de sus fuerzas, un testimonio de admiración, de respeto y de gratitud inolvidable, á la memoria del inmortal tenor

JULIÁN GAYARRE

une sus sentimientos de profunda pena á los de la nación entera, que llora la pérdida de una gloria del arte y de la patria, y suspende, en señal de duelo. la función anunciada para esta noche.

Madrid, 2 de Enero de 1890.

El 2 de Enero de 1891, al cumplirse el primer aniversario, hizo el Regio coliseo nueva y pública demostración de duelo, con una función de tan solemne carácter como quizá no se recuerde otra en los anales del coliseo que fué, y sigue siéndole, símbolo de grandeza.

El pensamiento que inspiró la última parte del espectáculo, no pudo ser mejor. La ofrenda, que en medio de religioso silencio, presenció el apiñado concurso, resultó en extremo conmovedora. La misma platea, la misma decoración del último acto de *La Favorita,* el mismo público, el busto del finado, su nombre repetido mil veces, su recuerdo en la memoria de todos.

Allí solo faltó una cosa; solo faltó... Julián. Y hubo un instante, al atacar la orquesta el preludio dulcísimo del *Spirto gentil,* romanza *¡sin palabras!* aquella noche en que creíase que iba

á aparecer por la primera caja de bastidores, la figura simpática del gran tenor, á la que el hábito blanco prestaba tonos del más acentuado misticismo.

Aquello resultó reproducción exacta de los momentos en que tantas veces el público, en masa, se reconcentraba en sí mismo, y no se oía en la amplia sala el rumor más leve. Gayarre, entonces, con los brazos cruzados sobre el pecho, al pie de la cruz, erguida la cabeza y la mirada en lo infinito, parecía transfigurado, arrancado de este suelo. Y si alguien en tal instante hubiera podido preguntarle, ¿qué piensas? hubiérale respondido sin titubear:

—Estoy preludiando en la lira del sentimiento, el «tono» adecuado para acompañar una idea.... de mi alma.

* * *

Julián Gayarre recorrió, á gran velocidad, la vía fatal que solo tiene dos «estaciones»: la cuna y el sepulcro; la estación del llanto, sin culpa propia, y la de la paz, sin términos conocidos; paz neutra; incondicional, eterna.

En el tránsito consiguió cuanto ambicionar pudiera: la devoción de todos los públicos, el cariño fraternal de sus amigos, la admiración de propios y extraños.

Llegó y venció. Nuestro teatro Real, que tiene fama de ser el más severo y exigente, y que si á tanto no llega, es de cierto palenque alborotado, donde naufragaron reputaciones muy altas, le aclamó como rey de los tenores.

Venció y... murió. Fué una estrella rutilante, pero fugaz, de blancos reflejos, un astro de primera magnitud. Inundó el alma de sus oyentes de plácida delectación, y tuvo en la voz encantos seductores, y en el modo de emitirla un fuerte, singular é inimitable espíritu de atracción.

Que parecía un ruiseñor voz purísima, lo han dicho todos.

Pero fué más. Fué... una alondra real, de vuelo tan poderoso, que un día al remontarlo demasiado, no pudo volver á la tierra.

* * *

Desde Madrid al Roncal halló el muerto un camino cubierto de flores.

Yo quiero ofrecer hoy al gran cantante en su séptimo aniversario un nuevo *bouquet* de luto.

Y para formarlo, elijo la siempreviva, la flor «perpetua» que infunde respeto, porque no toma parte en las alegrías de las plantas agrestes, la flor sin aroma que nos dice que no debemos confundir la tristeza con la melancolía; porque la primera está llena de pesares, y la segunda de encantos; la flor del alma, la flor simbólica que San Agustín contemplaba con arrobamiento extático, al exclamar: *Mors viva.*

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

ARDOA ETA URA

Ardoari gizonak
bota zion ura,
ez igotzea gatik
zumoa burura;
eta ontaz ardoa
nola baitzan erre,
esan zion urari
jarririk aserre,
¿zein aiz i nere tripan
orrela sartzeko?
¿zein nik, daukatan malla
goituban jartzeko?
ik ez dek kolorerik
ez ere indarrik,
eta gusto on gozo
nerea ¿non dek ik?
irten ari kanpora
ua emendikan,
ez diat nik zañetan
ire bearrikan;
neronek diat iñork
ez ainbeste indar,
gizonik gogorrena
jartzen diat dar-dar;
nik diat jartzen triste
daguana kantari,
errena nerekin dek
gertatzen dantzari;
ni eratez aspertzen
ez dek bein gizona,
orretan ezagun dek
naizela chit ona;
eta izanikan i
berriz orren utsa,
¿uste dek bietala
nik ire laguntza?